

LAS AVES.

Las aves y el cielo.—Confianza.—Los Angeles.—Los Santos.—Los demonios.—El pájaro que queremos sorprender y vuela, es la imagen de los desengaños.—La voz de los pájaros, símbolo de la oración.—Las redes del cazador.—Vigilancia.—El nido del pájaro.—El huevo del pájaro.—El Tabernáculo es el nido donde el cristiano quiere vivir y morir.

EL hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar"—ha dicho Job.¹—En tanto que el hombre solo puede hollar la tierra con sus plantas, el ave se lanza al espacio y vuela por todas partes llena de gozo; recorre las regiones del aire y la reputamos como habitante del cielo. La armonía se encuentra en sus cantos, y la belleza de las flores en el brillo de su plumaje. El cielo y el ave parecen criados el uno para el otro.

Sin embargo, el ave se abate algunas veces y se acerca hasta nosotros, y cuando va pasando casi al haz de la tierra, ó posa ya sobre la rama de una flor ó sobre las cornisas de nuestras casas, creemos que voluntariamente quiere ser nuestra compañera y hermana; mas apenas nos le acercamos cuando inmediatamente vuelve á emprender su vuelo, y remontándose hasta una altura donde ni con los ojos podemos seguirla, nos hace recordar que su patria es el cielo.

Y qué, ¿será inútil ¡oh Dios mió! el que hayais colocado delante de mí esa multitud de seres alados que vuelan y se remontan en las regiones celestiales? La naturaleza de las aves debe ser para mí un ejemplo y una lección. Mas, ¿qué clase de ejemplo ó qué lecciones podré tomar de las aves del cielo?

¡Ah! ya comprendo que si el pecado me condena á los trabajos de la tierra, también he sido creado para aspirar al cielo. Por lo mismo, envidio el destino de las aves; espero que algún día he de volar como ellas, y con esta esperanza exclamo con el Profeta Rey: "¿Quién me diera alas? ¿Quis dabit me pennas . . . ?"²

¹ Job. V, 7.

² Ps. LIV, 7.

II

Estas aves del cielo nos dan también otra lección importante. Dirigiéndose una vez Nuestro Señor Jesucristo á aquellos que no cuidan mas que de los intereses de la vida presente y solo tratan de saber si encontrarán el sustento de cada día, les dijo: "Mirad á las aves del cielo que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. . . ."¹

Todos los comentadores de estas palabras creen unánimemente que al decirlos el Divino Salvador, quiso comprometerlos á huir de la ociosidad, porque todo hombre ha nacido para el trabajo. Mas ¿cuántas pobres criaturas en este mundo teniendo apenas lo necesario se entregarían á la desesperación, si el Evangelio no les diera motivos poderosos para confiar? Para ellas hay una amabilísima Providencia que vela sobre todas, impar-tiéndoles los cuidados más tiernos y amorosos. El trabajo tal vez les está prohibido á causa de su debilidad, por falta de salud ó de su mucha edad. ¡Y bien! si no pueden trabajar, quién les impide, para pedir lo necesario, el dirigir sus súplicas, diciéndole á su Padre amoroso que está en los cielos: "Padre: el pan nuestro de cada día, dánosle hoy."² La oración tiene alas, y el alma que ora se asemeja á las aves del cielo. "Considerad—dice el Evangelio—á las aves del cielo; ellas no siembran ni cosechan, ni recogen en graneros, y sin embargo, el Padre celestial las alimenta:"³ y vemos que esta divina palabra se realiza todos los días en medio de nosotros. Los pobres no siembran, pero la caridad siembra para ellos; los pobres no cosechan, pero la caridad si recoge para remediar sus necesidades; los pobres no tienen graneros, pero la caridad tiene para ellos multitud de trojes donde guarda sus mieses en abundancia. El Padre alimenta las aves del cielo; mas la caridad de Jesucristo alimenta incesantemente á los pobres.

III

Ya lo hemos dicho: el vuelo de las aves nos hace pensar en el cielo y en los que le habitan.

Cuando vemos cernerse sobre nuestras cabezas esas grandiosas aves que con sus alas extendidas parecen abrazar la inmensidad del horizonte, y que como correos velocísimos llevan sus mensajes del uno al otro extremo del cielo, ¿no es verdad que recordamos á los Angeles que Dios nos envía como sus más dóciles mensajeros para transmitir sus órdenes y revelar sus divinas voluntades á todos los puntos del universo? Nuestros sentidos nos

¹ Mat. VI, 26.

² Luc. XI, 3.

³ Mat. VI, 26.

presentan únicamente imágenes muy imperfectas de las cosas celestiales é invisibles. Porque si bien es cierto que en nada puede compararse la agilidad del ave con la del Angel, el ave nos basta para recordar á los Angeles.

Yo me los figuro con alas como el ave, volando y dirigiéndose á mi lo mismo que el pájaro que viene á pararse en mi ventana; pero entiendo igualmente que aquellos vuelan y se remontan mucho más que el ave, pues llegan hasta el sόlio del Señor tres veces Santo. ¡Oh Angeles del cielo! volad y venid á mí. . . . y despues llevadle al Señor los ruegos de mi corazon que le ama.

IV

Mas no solo me figuro con alas á los Angeles sino tambien á aquellas almas santas que únicamente aspiran á las cosas de arriba, que gustan de las cosas del cielo y no de las que están sobre la tierra. ¹ "Estas almas—dice San Agustin—son las aves que el Santo Rey David nos pinta habi—tando en las cimas de las montañas, porque tienen necesidad de un aire puro y libre, y no están cómodas ni contentas, sino respirando esa atmós—fera serena." ² Estas almas tambien se asemejan á aquellas aves del cielo que vienen á descansar y á tomar sombra bajo las ramas de aquel árbol de la parábola evangélica; ³ porque este árbol no es más que el mismo Jesucristo: y ¿á dónde se paran á descansar esas almas sino es en Él?

Cada vez que desprendiéndonos del mundo aspiramos hácia las cosas de Dios, ¿no es verdad que desplegamos nuestras alas imitando al pájaro que vuela?

El alma contemplativa tiene alas, y por eso no le basta correr por el camino de los mandamientos, sino que aspira á volar, y sus alas son á veces tan poderosas y tan largas, que remontándose hasta el tercer cielo, llega á escuchar secretos que no le es permitido revelar á los hombres. ⁴

Pero sin pretender á tan sublimes arrobamientos, toda alma cristiana está hecha para volar. "Hay dos alas que levantan al hombre sobre las cosas terrenas—dice el piadoso autor de la Imitacion—la simplicidad y la pureza." ⁵

¡Oh alas encantadoras, y cómo os desea mi pobre alma. . . . ! con vosotras podré elevarme á las alturas para evitar todo aquello que pudiera manchar mi corazon, á semejanza del pajarillo que se eleva en los aires, pero que débil todavía para volar hasta los cielos, tiene la fuerza necesaria para separarse de la tierra y no caer en el fango.

¹ Coloss. VIII, 2.

² Aug. in Ps. CIII, serm. 3.

³ Mat. III, 32.

⁴ Corint. XII, 14.

⁵ Lib. II, cap. 4.

V

Si el vuelo del ave nos recuerda el impulso de nuestra alma cuando aspira por los bienes del cielo, en un sentido opuesto, bien puede figurarnos el vuelo de esos espíritus soberbios de quienes habla el profeta Isaías, "que pretenden escalar los cielos, elevar su trono sobre los astros y sentarse á los lados del aquilon para luchar con el Altísimo." ¹

En tales términos nos describe el Profeta el orgullo de Lucifer; y es verdad, que así como las aves nos simbolizan á los Angeles fieles, así tambien la Sagrada Escritura emplea á veces esa misma imágen para designar á los Angeles rebeldes, esto es, á los demonios; á quien llama San Pablo "potestades del aire," ² que vuelan constantemente al rededor de nosotros, sugiriendo en nuestro espíritu los más criminales pensamientos.

La accion de los demonios se ejerce con más facilidad sobre nosotros cuando vivimos en medio de las turbaciones y tumultos del mundo, y ved aquí lo que Jesucristo mismo quiso hacernos comprender en aquel pasaje de la parábola del sembrador: "Que una parte de la semilla cayó á lo largo del camino, y fué pisoteada por los transeuntes sirviendo despues de "alimento á las aves del cielo." ³

El mundo es el camino ancho donde los transeuntes huellan y destrozan con desden la palabra de Dios, y es tambien el camino por donde los demonios pasan y vuelven á pasar acompañados de los hombres. Aprovechándose de la disipacion de las almas mundanas, los demonios, siguiendo el pensamiento de un padre, desvían su atencion y asedian su memoria para impedir que la divina semilla germine en ellos.

VI

El ave que se escapa y vuela luego que nos proponemos cogerla, sugirió á Salomon este sapientísimo proverbio: "Quien se apoya en mentiras, corre tras de las aves que vuelan." ⁴ ¡Ah! ¡y qué comparacion esta tan cruelmente verdadera! Todo lo que nuestro corazon desea, todo aquello que sueña nuestro pensamiento ambicioso y frívolo, se engalana en el instante y nos parece de una belleza y de un encanto indefinible. Hé aquí el pájaro cuyo hermosísimo plumaje nos atrae y nos cautiva. . . . parece que viene hácia nosotros. . . . se acerca. . . . vamos ya á cogerle. . . . Mas ¡ay

¹ Isai. XIV, 13.

² Ephes. II, 2.

³ Mat. XIII, 4.

⁴ Prov. X, 4.

de mí! voló y desapareció, y con él se fueron nuestros ensueños, nuestro porvenir y nuestra felicidad. Aquel que se apoya en mentiras, corre tras de las aves que vuelan.

VII

Quando decía el Profeta Daniel: "Aves del cielo, bendecid al Señor," ¿no tendría presentes aquellas dulcísimas melodías de sus cantos con que quiso enriquecerlas el Creador?

Porque efectivamente, ¡qué grande y hermoso es el concierto que sale todos los días de las gargantas de las aves! Cada una canta en él su nota, siempre pura y siempre sonora. El grito gozoso de la Oropéndola y de la Alondra; la cadencia lastimera y encantadora del Ruiseñor; el silbido del Mirlo y el arrullo de las palomas, se unen á las voces roncadas y más graves de los grandes pájaros, y Dios, que solo conoce su lengua, escucha un magnífico cántico formado de las armonías dulcísimas de esas voces.

Mas esos cantos ¿no vendrán á ser para nosotros muy frecuentemente al mismo tiempo que una lección, también una terrible reconvención?

"¿Cuál es el hombre sensato—pregunta San Ambrosio—que se atreva á terminar el día sin dirigir al Señor una oración, cuando hasta los más pequeños pajarillos solemnizan de una manera tan piadosa por medio de sus cantos la llegada del día y la aproximación de la noche?

El hombre no solo ha recibido de Dios una voz que canta como la del pájaro; en su espíritu y en su corazón tiene cantos mucho más melodiosos que le inspiran acentos sublimes de adoración y de amor. Y á fin de agregar más suavidad y fuerza á la expresión de sus sentimientos, arrebatada el hombre á la naturaleza y al arte los instrumentos más dóciles y las voces más sonoras. El viento sopla en los tubos del órgano, y anima la caña de la flauta; hace vibrar las cuerdas del violín y del arpa, resuena en el bronce del címbalo y en la piel del tamboril; y en tanto que los pájaros cantan en la enramada, David nos convida á cantar y á tocar nuestros instrumentos bajo las bóvedas del templo á fin de celebrar con ellos y con nuestras voces las glorias del Altísimo. "Alabad al Señor—nos dice—al són de la trompeta, con el salterio y el arpa; alabadle con la flauta, la viola y el órgano; alabadle con los timbales más sonoros y con los timbales de la alegría."

La Iglesia Santa, ¡oh Señor! responde á este llamamiento, y todos los días á són de campana nos anuncia el tiempo de la oración, y diariamente con las voces del órgano acompaña la salmodia de vuestras alabanzas. Mas ¡ay de mí! fuera de la Iglesia ¡qué de culpables armonías no se encuentran para celebrar los gozos del mundo! Mientras no hay una sola florecilla en los campos donde los pájaros no os bendigan cantando vuestro santo y dulce Nombre, cuántas voces desacordes salidas de las bocas de los impíos os injurian y blasfeman!

1 Ps. CL, 3-5.

¡Oh! yo no conozco, Dios mío, mas que las aves, vuestros Angeles y vuestra Iglesia, que os puedan decir con tanta verdad como el Profeta Rey: "Mis cánticos son siempre para Ti. *In te cantatio mea semper.*"

VIII

El pájaro tiene por dominio la inmensidad del espacio: libre é independiente cuando él se sostiene con las alas desplegadas en lo más elevado de los aires, ¿qué tiene que temer de los artificios y de la maldad de los hombres? Pero el pájaro es imprudente y el cazador sabe tenderle hábilmente el lazo. Cuando la divina Escritura nos exhorta á la vigilancia y nos compromete á prever los peligros que nos amenazan, frecuentemente nos pone por ejemplo al pájaro inexperto que cae en las redes del cazador.¹

Y qué! ¿nuestra alma no tiene alas para escaparse de sus enemigos? Sí, tiene alas como el ave; mas cuando desciende de las altas regiones del cielo donde le lleva su vuelo, entónces cae en el lazo. Si gustamos las cosas terrenas, esta afición nos precipitará y nos perderá. "Lo que gustais sensualmente—dice San Agustín—viene á ser un estorbo que agrava las alas de vuestro espíritu, que son las virtudes, por cuyo medio volamos hácia Dios.² Vosotros no queréis que ese estorbo os aprisione, y á pesar de eso gustais de él. ¿Reputais por menos el dejaros prender porque en contráis placer en quedar presos? Mientras más gustéis aquello que os cautiva, más y más os aprisionará."

Escuchemos además aquellas hermosas palabras del sagrado libro de los Proverbios: "En vano se echa la red ante los ojos de los que tienen alas."³ Si el pájaro cae en el lazo, es porque su ojo no lo ha visto; sus alas no le han bastado entónces para salvar el peligro; pero si hace uso de sus ojos y de sus alas, si ve y al mismo tiempo vuela, el cazador verá frustrado su intento.

A propósito, recuerdo aquella advertencia del Divino Salvador: "Velad y orad para que no caigais en tentación."⁴ La oración, según lo hemos visto, tiene alas y es propio de la vigilancia estar con los ojos abiertos. La oración sin vigilancia, la vigilancia sin oración, no bastan para salvarnos... Mas orando y vigilando, en vano se arrojarán las redes delante de vosotros. ¡Velad y orad, pues, y el Señor escuchará vuestra oración, y Él mismo vigilará sobre vosotros! "¡Bendito sea el Señor—decía David—nuestra alma se ha librado como el ave del lazo del cazador; rompióse el lazo y quedamos salvos!"⁵

"Si cuando el pájaro va á caer en la trampa—dice San Agustín—oye

1 Prov. VI, 5—VII, 23.

2 Serm. CCCXI, in nativ. S. Cipr.

3 Prov. I, 17.

4 Mat. XXVI, 41.

5 Ps. CXXIII, 7.

“algun ruido aunque sea poco, teme, se vuelve, y en el acto emprende su “vuelo” Del mismo modo ¡oh Dios mío! haced por medio de vuestras advertencias y amenazas un ruido saludable al rededor nuestro para que no caigamos. El hilo del cazador estará pronto para aprisionarnos; mas entonces que se deje oír vuestra voz . . . y el hilo será inútil . . . Nuestra alma volverá á tomar su vuelo . . . y felizmente se salvará.

IX

¡Un nido de pájaros . . . ! ¡ Ah ! ¡ qué obra tan primorosa donde se ostentan tantas maravillas ! Desde luego se nota ahí la tierna solicitud de una Providencia amorosísima que ha sabido crear tan hábiles obreros para que fabriquen edificios tan encantadores ! ¡ Con qué arte están tejidos esos faldones, esas plumas y esas ligeras pajas en los nidos ! ¡ Podemos acaso imaginarnos un lecho más blando que el plumion que tapiza el nido ? Observémos en seguida ¡ cuánto cuidado y solicitud se tiene para que esta frágil morada se coloque en lugar seguro ! La copa de un árbol que se pierde en las nubes, el espeso follaje en lo interior de los bosques, el rincón oscuro de una casa deshabitada, son generalmente los lugares que el pájaro prefiere. Mas desde el instante en que él ha construido su nido, se considera en verdad como en su casa ; toma posesion de ella y viene á ser desde luego la cabeza de una nueva familia . . . A pesar de todo, me direis que este nido es una habitacion demasiado frágil, que está como construida en el aire, y sin embargo, la Sagrada Escritura nos la cita con suma sabiduría para darnos útiles é importantes lecciones. “ ¿ Quién—nos dice—se fia de aquel que no tiene nido ? ” ¹ Necesario es, por lo mismo, que en todos tiempos el hombre sepa fijar su vida y que se establezca con honra en el lugar donde lo llaman los deberes que Dios le ha impuesto.

X

Por humilde que sea el nido del pájaro, éste hace consistir en él toda su felicidad ; no le abandona sino por breves instantes y siempre que vuelve á él, viene lleno de gozo. La hembra deposita ahí sus huevecillos, y con qué cuidado y con qué ternura los empolla y los vuelve á calentar !

El huevo del pájaro es un símbolo dulcísimo de la esperanza.

¿ Quién de nosotros en el nido donde nos ha colocado la Providencia no ha calentado con su aliento el huevo donde duermen sus esperanzas ? Sin embargo, pongámonos en guardia, porque estas esperanzas quedarán fallidas, si no tienen más objeto que los bienes de esta vida percedera. Esperemos, pero esperemos siempre en Dios.

¹ Eccl. XXXVI, 28.

Jesucristo, hablándonos de su Padre celestial nos ha dicho: ¹ “ Si un hijo “pidiere á su padre un huevo le dará éste un escorpion ? ” “ El don del “Padre celestial, asegura San Agustin, ² es el huevo y no el escorpion: “el huevo es en efecto el emblema de la esperanza que nos lleva hácia “aquello que está delante de nosotros ; y el escorpion, cuya cola está armada del venenoso aguijon, nos figura todo lo que se opone á la esperanza, y es el recuerdo amarguísimo de los dolores pasados.”

XI

Volvamos al nido del pájaro. Los polluelos acaban de salir del cascaron. Poco á poco fueron extendiendo sus alas y comenzaron á volar ; mas una mañana la familia se dispersó . . . y el pobre nido se quedó vacío. Escuchemos sobre esto lo que dice la Santa Escritura : “ el pájaro que sale “de su nido se asemeja al hombre que abandona la casa paterna, exponiéndose á multitud de peligros . . . ” ¡ Dichosos dias aquellos en que el pájaro no abandonaba su nido, pues fueron para él los mejores . . . !

Trayendo á la memoria el Santo Job con amargura de su alma sus esperanzas perdidas, se explica tambien en estos términos : “ Yo me había dicho lleno de confianza : Moriré en paz en el pequeño nido que me he “fabricado *in nidulo meo moriar.* ” ³ Y ¿ cuál es el hombre que en medio de los reveses y de las agitaciones del mundo, no concibe los mismos deseos, pidiendo á Dios morir al ménos en paz, y allá en el pequeño nido donde pasaron alegres los primeros años de su infancia ?

Añadamos á este texto de Job que acabamos de citar, la piadosa interpretación de San Gregorio. ⁴

“ El nido—dice este Santo—donde aquel Patriarca queria morir, es la “imágen de aquella paz profunda que solo la Iglesia puede asegurar á aquellos hijos que le son fieles, haciéndolos crecer en su fé y calentándolos con “su amor, hasta que sus alas se han robustecido y ellos mismos han emprendido su vuelo hácia la patria celestial. La Iglesia es como la tórtola “que sabe encontrar un nido para sus hijos.”

¡ Ah ! que nuestro más caro voto sea morir en el dulce nido de la fé y del amor que la Iglesia nos prepara.

XII

Mas David me señala claramente cuál sea el nido en que yo deba vivir y morir en estas palabras : “ La tórtola encuentra un nido para sus hijue-

¹ Luc. XI, 12.

² Cat. aurea in cap. XI, Luc.

³ Job. XXIX, 18.

⁴ Greg. Moral. lib. XIX, cap. 27.

